

Poesía

Prurito del sinsaber

Jorge Contreras Herrera

Sinsaber, el nuevo poemario de Guillermo Vega Zaragoza, es un territorio, una isla, un destino. Consta de cuarenta poemas repartidos en dos secciones: “Registro de causantes” y “Sinsaber”, por lo que se puede hablar de dos edades: en la primera, el autor se arroja a la conquista de las mujeres y se intoxica de todo cuanto hay en el amor. En la segunda, las mujeres se han ido, les reclama, le duelen, las invoca.

El poema que abre el volumen es “Prurito amoroso” y el prurito, nos dice el *Diccionario Enciclopédico Océano*, es: “Comezón viva y prolongada, así como el empeño en hacer algo de la mejor forma posible, por amor propio”. Solemos relacionar el deseo con la comezón y el rascarse con el placer, aunque para ello nos broten heridas que a su vez, como es natural, nos sangran, y como diría Octavio Paz: “cada herida es una fuente”. Así, la herida del poeta es la vulva por la que nace la amada, musa, novia, amante o asesina (nuestra, claro está). A Zeus le brota la idea, al poeta su propia patria, es decir, la mujer en la que habita, a la que dedica sus cantos, poemas y conjuros de amor y de la que constantemente está exiliado.

La herida, al mismo tiempo, es por donde brotan los poemas y por donde podemos ver el alma, el hueso con que se burilan las palabras sacras, que no han de borrarse ni con el olvido; brotan poemas que son frutos hechizados con los que la musa ha de alimentarse: quizás ahí el placer derive de placenta y rascarse sea otra forma de caricia violenta y apasionada.

No es fortuito que ese primer poema se inicie como incitando a una tertulia filosófica y poética: “El amor / (lamento contradecirlos / señores poetas / de éste y otros siglos)”. Este poemario es comezón viva que arde con el fuego de los enamorados mal

correspondidos, de quienes surgen los mejores poemas, pues es el deseo el que les hace alcanzar lo deseado. Por eso al autor nadie lo engaña: sus poemas son el mapa por el que recorre a la mujer como una ciudad, incluyendo “el suburbio más húmedo”, donde su alma es un purgatorio y habitan aquellas almas que no se salvan de ser poseídas, devoradas y gozadas.

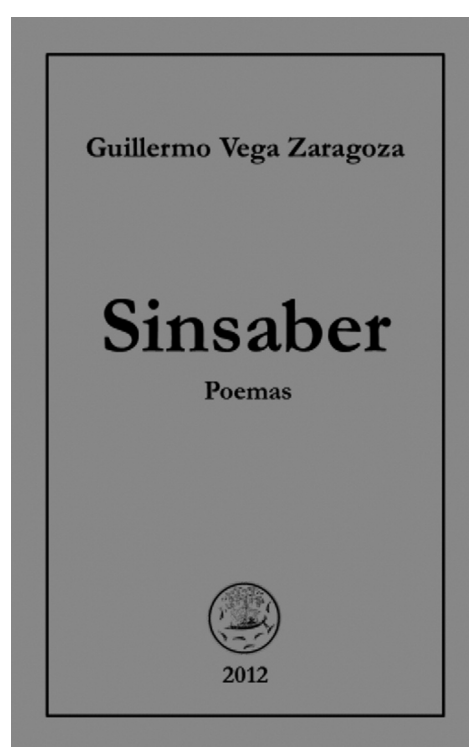
Otro destino del poeta es renombrar el mundo, crear el amor y nombrarlo con nombres nuevos. Nuestro autor lo logra en sus versos, y así, la noche es la distancia; la mujer, misterio; su cabello, capricho desatado. Se podría hacer todo un glosario al respecto, pero basta con leer y releer este poemario, retrato de ansiedades.

Vega Zaragoza presenta este libro como un territorio edénico para la amada que arde en su propio deseo, diciéndole: “Déjate ir, aunque te pierdas, / estás segura en

el jardín de mi pecho”. Y acaso haya otro tema, incluso la muerte o la vida, pero son también temas del amor, por un lado, el aterrador dardo untado de veneno enamorado de Eros, y ay de aquel que lo respire, lo mire o sea herido por su saeta. No habrá marcha atrás que armarse de poesía para batirse en duelo de cortejos para enamorar o morir. Y por otro el *thanatos*, el ángel de la muerte que apunta hacia la vida, la tensión vida-muerte siempre constante en su poética.

Los poemas también embriagan y en este libro hablan de un hombre que ha amado tanto a la mujer como a las letras, y en las palabras ha sabido contener ambas, sin que ellas puedan hacer algo por salvarse o no entregarse. Es, en este sentido, un poeta mago, un brujo que a veces se convierte en árbol para ofrecerle frutos que la alimentan, otras veces es dolor semejante al parir del mundo una montaña.

Entrar en la poética de Guillermo Vega Zaragoza es ingresar en los instantes o silencios precisos en los que la soledad es una copa de nostalgias y embrujos por amarse en la amada. Además —y no sé si lo haya hecho con premeditación—, realiza perfectamente una antigua fórmula poética: en *La Diosa Blanca*, Robert Graves nos habla de “El cuento de Taliesin” (el poema enigmático de Gwion). Al nacer Taliesin es sumergido por las brujas en un caldero, dejando sólo fuera de éste su talón; el niño al crecer es perseguido por la Gran Bruja, pero él también tiene atributos mágicos, así que se transforma en liebre, y la bruja en águila; al final, ella se convierte en gallina y él en grano de cereal, la bruja lo come y ella queda preñada de él, con el tiempo nace, y como ahora es su hijo, no se atreve a matarlo. Guillermo Vega nos dice: “Para



cumplir con su cometido / los que besan deben consumirse mutuamente”. En otro: “Me ama tanto / que quisiera devorarme y me invade la angustia”. Otro más: “de la fusión inevitable, eterna y fugaz, / que es morir trenzados”. Hay más: “Me gusta cómo te bebes la vida, sin dejar una sola gota de momentos. / Quisiera ser el vaso interminable de tu sed”. Sin duda, el alimento es uno de los temas constantes en su poética; así podemos encontrar más ejemplos. El deseo y el recuerdo, incluso el olvido son bebida que se toma con impaciencia.

El deseo habita los versos del poeta, echa sus verdades que golpean como campanadas en el pecho. Uno puede elegir casi cualquier poema y dedicárselo a más de una o a todas las mujeres que ya no están y a las que están por llegar. En este sentido, el poema, como obra de arte, es el quehacer más íntimo, el que requiere más concentración; no nace del mismo modo que nace una novela o un cuento; en el poema hay más que

alma y es un instante intenso como la explosión de una estrella o la implosión de un beso. Hay poetas que se esfuerzan por hacer los versos más oscuros y con parafernalia, con la intención de impresionar, pero Guillermo Vega sabe qué hay que decir: no sólo lo que se quiere decir sino lo que debe decirse.

El poeta es un cínico elegante: ha logrado dominar la palabra igual que el shakespeareano Próspero. Ha logrado poseer a las mujeres que ha querido poseyendo lo que otros no han logrado, que es entrar a sus mentes, a las regiones más íntimas de la mujer, por eso no importa que se vayan o que se queden. El poema es una extensión que se queda como una voz que las recorre eternamente. Las hace suyas con el hedonismo de saberse único, de sembrar caricias insondables que reventarán, quién sabe cuándo, que son bombas de tiempo que explotarán como un orgasmo en el instante en que ambos se piensen o se reconozcan.

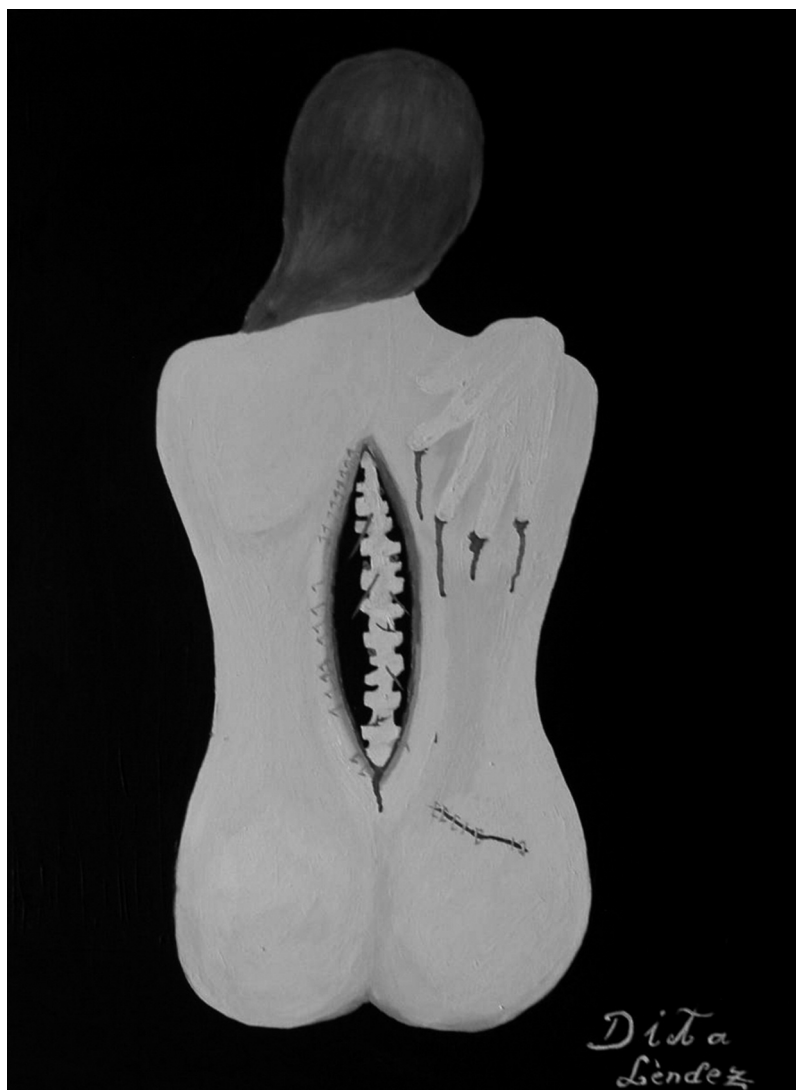
Hay una musa en este libro, quizás ella sabe que los poemas tienen esa provocación que desata huracanes de cabelleras isleñas. Yo no sé, intuyo apenas que la voz de estos poemas retumba con mayor sonoridad en las islas, rodeadas de cielo, mar y tierra. El fuego está en los versos. Cito nuevamente a Octavio Paz: “Todos los hombres son hombre que es otro y yo mismo. Yo es tú. Y también él y nosotros y vosotros y esto y aquello...”. El poeta se reconoce y nosotros nos reconocemos en él.

Finalmente, en el último poema de *Sinsaber*, Guillermo Vega dice: “Dios: Líbranos de los poetas”. Pero qué nos queda sino salpicarnos con esas verdades que nos hieren, que nos sangran y que le dan sentido a la vida, que le dan sabor a lo indefinible para alimentarnos con retumbos de verdadera poesía. **U**

Guillermo Vega Zaragoza, *Sinsaber. Poemas*, edición de autor, México, 2012, 76 pp.



David Mardi, *El deseo se marca en sonidos*



Dita Léndez, *Oscuridad interior*